

# Analitheia

Mario Bunge

La verdad anda de capa caída y raída en estos tiempos llamados posmodernos.

Los posmodernos no creen en ella: sostienen que nada se puede saber y que todo es ficción, de modo que no hay verdades, sino sólo convenciones o "construcciones sociales".

Por esto han decretado que las ciencias sociales son una rama de la literatura (presumiblemente, la rama aburrída). Algunos de ellos, en particular Bruno Latour, Steve Woolgar, Randall Collins y Richard Rorty, han afirmado que incluso la investigación en matemática y en ciencias naturales no es sino cuestión de hacer inscripciones y entablar conversaciones y negociaciones, nunca de buscar verdades.

Pero los posmodernos no practican lo que predicán. Por ejemplo, comen, se asean, se protegen de la lluvia, hacen maniobras para no ser atropellados por automóviles y procuran curarse cuando enferman. O sea, no creen realmente que el hambre, la mugre, la lluvia, el tránsito y la enfermedad sean convenciones o construcciones sociales. De hecho, respetan la verdad aun cuando se ganen la vida denigrándola.

¿Podrían ser coherentes? O sea, ¿es posible subsistir prescindiendo de toda verdad? Veamos. Imaginemos un país, al que llamaremos Analitheia, cuyos habitantes no creen en la verdad. O sea, los analitheicos no advierten la contradicción consistente en afirmar que es verdad que no hay verdades. No lo advierten o no les importa caer en contradicción, que es la peor de las falsedades.

En Analitheia nadie busca verdades, porque se supone que, puesto que no existen, no se las puede encontrar. (¿No se parecen a Analitheia los países cuyos gobiernos gastan más en armamentos que en investigación?) Por consiguiente, todos lo ignoran todo.

En esa sociedad nadie aprecia el debate racional, porque no se acepta ningún conjunto de premisas que sirvan de punto de partida. Tampoco se conocen reglas para razonar pasando de premisas verdaderas a conclusiones verdaderas.

En Analitheia nadie confía en los demás, porque no hay motivo para creer que haya quienes suministren informaciones verdaderas. Por lo tanto, cuando alguien oye una afirmación que hace otra persona, la desdeña.

Otra consecuencia es que en Analitheia no hay escuelas: nadie cree que pueda aprender de los demás. Peor aún, nadie cree que se pueda aprender. (Curiosamente, tampoco Noam Chomsky y sus discípulos creen en el aprendizaje.) Nadie toma decisiones bien fundadas, porque no se conocen reglas prácticas basadas sobre generalidades verdaderas. Todas las decisiones son impulsivas y, por lo tanto, llevan casi siempre al fracaso.

En Analitheia no hay otro negocio que el trueque, porque se piensa que no tiene caso averiguar si una transacción es provechosa, un socio es leal o un proveedor es digno de confianza.

En ese país no hay médicos, porque nadie cree en diagnósticos ni en medicamentos. Se desconfía de la medicina por creerse que genera enfermedades en lugar de tratarlas. Por consiguiente, la gente emplea sólo la farmacopea tradicional y los tratamientos basados en encantamientos, hechizos e interpretaciones de sueños.

En Analitheia tampoco hay abogados, porque no se puede aducir elemento de prueba alguno en favor o en contra de alguna afirmación. Por consiguiente, la gente dirime sus diferencias a puñetazos o puñaladas.

Tampoco hay un código moral mínimo, porque nadie conoce verdades morales, tales como "está mal mentir", "la explotación es injusta", "la crueldad es abominable", "el altruismo es admirable", "la lealtad es una virtud" y "la paz es preferible a la victoria".

¿Quién, en su sano juicio, querría vivir en Analitheia, donde nadie admite que sea posible y deseable alcanzar verdades, aunque sea aproximadas? La vida en Analitheia es dura y precaria, porque en ella no hay ciencia ni técnica, derecho ni moral.

Sin embargo, semejante sociedad podría producir arte, con tal que no sea representativo ni sirva para comunicar o enseñar. Al fin de cuentas, para ser una obra de arte un artefacto no necesita ser verídico. Pero sería imposible enseñar arte sin

suscitar preguntas embarazosas, tales como "¿es verdad que mezclando pintura azul con pintura amarilla se obtiene pintura verde?" y "¿es verdad que la belleza está solamente en los ojos del observador?".

En Analitheia también podría florecer una ideología formalista que ordenase cumplir ciertos ritos. Pero no se podría alegar en su favor que tales ritos son eficaces.

Habría que limitarse a sancionar a quienes no los cumplieren. (Los positivistas legales, discípulos de Kelsen y Hart, se sentirían cómodos en ese país.) Por consiguiente, en Analitheia, al igual que en los primeros asentamientos coloniales, podría haber casas de comercio, cuarteles, patíbulos y templos. Pero no habría escuelas, hospitales, ni tribunales. La vida sería, en palabras de Thomas Hobbes, "breve, fea y bestial". Por algo Analitheia es una distopía, o sea, lo contrario de una utopía.

La moraleja de nuestra fábula es clara. La verdad no es sólo deseable, sino que es de rigor en todos los terrenos. En otras palabras, la búsqueda y la utilización de la verdad no debieran limitarse a la ciencia y la técnica. Debiera buscársela y empleársela dondequiera que el conocimiento sea interesante o útil, desde la agricultura hasta la cosmología, desde la sociología hasta la filosofía, desde la industria hasta la política.

Quien no busque verdades no las encontrará, y quien no encuentre ni use verdades a diario llevará una vida primitiva, aburrida e inútil cuando no perjudicial.

¿Es dogmática esta postura? No, porque el dogma obstaculiza la investigación y genera debates interminables, en tanto que la investigación rigurosa es fértil. En efecto, si un terreno, antes regido por la rutina y la superstición, se cultiva a la luz de la razón y la experiencia, puede terminar por incorporarse al sistema del conocimiento auténtico. Esto es lo que ocurrió con la medicina, la psicología y la sociología en el curso del siglo XX.

En resumen, la vida que hoy consideramos normal requiere una rica panoplia de verdades de todo tipo. Los posmodernos, que niegan la verdad, sobreviven sólo porque hay otros que trabajan por ellos. Éstos, los productivos, se ajustan al precepto de que los seres racionales sólo actúan sobre la base de verdades que, aunque imperfectas, son perfectibles.